

Desdibujada entre los restos de una niebla que no acababa de levantarse ni de convertirse en lluvia, azotada por el torpor de un siroco más atmósfera que viento, adormecida sobre un pasado de grandeza y esplendor, y también de inmodestia limítrofe con el pecado, la ciudad vivía envuelta en sordos rumores, en los olores estancados que dejaba una marea pigre. El sol y la luna le marcaban los ritmos, los altibajos, y mecida por el doble deslizarse del tiempo, la ciudad moría incesantemente en los mármoles y ladrillos, en los pavimentos desgastados, en los trabes y arquitecturas y arcos inconexos, en las bandadas de palomas, en la inquieta miriada de ratas que en la espera se multiplicaban. No había, entre los habitantes, quien no llevara en su interior un fragmento de aquel final irremediable. Hacían lo que hacía la gente de otros lugares: comprar el pan o el periódico, ir al juzgado o a abrir la tienda, iban a la escuela e incluso a rezar; y todo lo hacían con más despreocupación que la gente de los otros lugares, con un reír vivaz y amable, con un tono de comedia que era, de hecho, una invitación a la muerte para que se diera prisa en llegar.

Al poco, un campanario que da paso a otro, el mediodía visitó el cielo opaco, pero no fue suficiente para traer alegría al húmedo mediodía de noviembre. Más allá de la comedia, quien tuviera sentimientos o presentimientos poco alegres debía convivir con ellos por fuerza. Los moros del reloj dieron por turnos las doce, ellos también dos veces, sobre los tejados y sobre la vasta plaza del santo evangelista.

En la estación, el tren rápido de las doce procedente de Milán acabó por detenerse con innatural suavidad al final de la vía cuatro, en un silencio solo roto por el sople de aire comprimido que abría las puertas automáticas. Se apearon viajeros presurosos, con poco equipaje y aun sin él: no era temporada de turismo. De allí a poco, en el andén, no iban a quedar sino las cuadrillas de trabajadores que, ayudados por escaleras, pozales y cepillos, limpiaban los cristales de las ventanas: un trabajo que cumplían con extraordinaria alacridad pues acabarlo significaba poder ir a comer.

Ella fue la última en bajar del vagón de cola, y se encaminó sin demostrar incertidumbre, pero con la mirada baja, descuidadamente, como si no le preocupara que hubiera alguien esperándola. Vestía con sopesada sobriedad: un traje de chaqueta de lana entre verde y marrón, un gran bolso de cuero, un paraguas que, cerrado, se apreciaba minúsculo. Alrededor del cuello, sobre una blusa color tabaco, lucía un sencillo collar de perlas, que podrían ser incluso artificiales. Probablemente había dedicado grandes esfuerzos para no aparentar ni demasiada belleza ni demasiada riqueza; pero era hermosa, y congeniaba con la riqueza. Caminaba, cabello ondulante y pasos armoniosos, obstinada en mantener la cabeza baja. Alzó la mirada solo cuando se detuvo ante él. Era hermosa a pesar de que el rostro ya no era aquel rostro joven. La expresión era severa,

como si estuviera a la defensiva, como si quisiera esconder un miedo que, sin embargo, se entreveía. Naturalmente, nada de ternura.

Él, unos cuarenta años, algo mayor que ella, la esperaba allí, esto es, donde comienza el andén número cuatro, en un punto por el que ella debía pasar por fuerza, siempre que hubiera decidido venir, por supuesto. Vino. La mira casi desafiante, ella demasiado bella y elegante; él exhibe sobradamente las marcas del genio al que no le ha acompañado la suerte: el pelo descompuesto, el rostro surcado, el impermeable arrugado, los zapatos ni nuevos ni limpios. Los ojos, por si fuera poco, mantienen con firmeza una expresión de ironía tenaz: podría decirse que muestra un sentimiento al que los genios a quienes no ha acompañado la fortuna tienen derecho irrenunciable. Y, entonces, no sin algo de ironía, acierta a decir:

—Gracias por haber venido.

Ella, que había renunciado a comprender el porqué, había desviado la mirada y no volvió a poner en él los ojos. Sin duda, el pasado en común no alimenta solo miedo e ironía, sino también una desconfiada fatiga, al menos por lo que a ella respecta.

—Qué querías que hiciera —dice, y no es una pregunta.

—En la vía seis —dice él— tienes el Orient Express: parte de aquí en treinta y dos minutos.

—Si te son suficientes treinta y dos minutos —dice ella con un tono de voz que acentúa la desconfianza y el cansancio.

Él duda, tentado de responder que sí, de mandarla a tomar por culo.

—No —responde.

—Entonces, aquí estoy.

—¿Dónde quieres que vayamos?

—Si no lo sabes tú.

No era fácil saberlo, ausentes también en él transparencia y determinación. En todo caso, caminaron hacia la entrada de la estación, se cruzaron con hombres que llevaban escrito en la gorra, con letras doradas o plateadas, el nombre de hoteles apenas conocidos. Les ofrecieron, con aire de celestinesca profesionalidad, habitaciones bien equipadas, aunque no era este el caso. Ante la estación se abrían la claridad caliginosa de la vasta *fondamenta* que hace de plaza y el canal. Las campanas habían dejado de repiquetear y los sordos rumores envolvían de nuevo la ciudad. Él se esforzaba, algo míseramente, por mantener la apariencia del genio que no ha triunfado: del primer diálogo no había salido vencedor. Pero ella no podía sacar provecho, fuera por cansancio o porque estaba demasiado ocupada en disimular un miedo que la superaba.

—Lo siento, no hace muy buen día —dice él apenas llegan a lo alto de la escalinata ante el Canal Grande, ante el ir y venir de barcas, lanchas y *vaporetti*. La gente bien tiene que comer, prosperar, sepelirse. Y añade:

—Estamos casi en invierno, es el tiempo que toca. ¿Qué tal día hacía en Milán?

Ella se encoge de hombros, como si subrayara la banalidad de la conversación. Pero él no se rinde:

—Quizá haga sol en Milán; bonita ciudad, Milán —dice con penoso sarcasmo antes de volver al silencio.

Bajaron las escaleras, atravesaron en diagonal la *fondamenta* camino del embarcadero, ambos atentos a las palomas que, solo en el último instante, protervamente, se apartaban a su paso. Ahora las palomas lo invadían todo,

no solo la plaza. Imaginó una Venecia bellísima, con el agua alta que llega hasta el primer piso, tejados y cornisas abarrotadas de palomas esqueléticas, de gaviotas y aun cuervos exangües; sin hombres. Si bien se piensa, no era bellísima.

Entraron en el embarcadero y esperaron la motonave de la línea veloz que lleva a la Accademia. Había poca gente, toda ella absolutamente carente de interés. Con todo, a él le hubiera resultado difícil encontrar interés, quizá, en otras personas que no fueran ella, que ahora se dedicaba a contemplar el tráfico en el Canal Grande, pero que sin duda no pensaba en el tráfico. El embarcadero flotante se balanceaba con el paso de las barcas o de los *vaporetti* y él sentía una náusea insólita que, sin embargo, no podía achacarse a la enfermedad, no necesariamente. Quizá fuera culpa de la tensión con la que la esperó y luego la vio acercarse, o del miserable diálogo inicial, o por lo inútil de todo lo que estaba pasando, todo cosas que acaban por percutir en el vientre, en el estómago, y de aquí parte la náusea, presumiblemente.

—¿Hace mucho que no vienes a Venecia? —le pregunta.

Ella, en todo caso, decide que le conviene contestar, pero lo hace con un tono de voz lejanísimo, sin mirarlo.

—Habré venido, desde entonces, tres o cuatro veces.

—¡Y no me has dicho nada, ni siquiera una postal o una llamada de teléfono!

—¿Por qué debería haberte dicho nada? —replica ella con exhausta amargura. Pero al momento se exalta y añade con un rencor agresivo—: Y te equivocas. Una vez te escribí para decirte que tenía la intención de venir. Me hubiera gustado hablar contigo, necesitaba hablar contigo. No contestaste.